



Editorial

USAC: el desafío de reinventarse

IPNUSAC

El pasado 31 de enero se conmemoró el 344 aniversario de la fundación de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Diversidad de actos académicos, culturales, artísticos y deportivos se llevaron a cabo, tanto en el campus central de la USAC como en centros universitarios departamentales y regionales, para resaltar la importancia de la fecha.

También el 31 de enero es una fecha de conmemoración luctuosa: se cumplieron 40 años de la tragedia de la embajada de España, incendiada por la acción imprudente y criminal de las fuerzas de seguridad del Estado de la época: decenas de personas, entre comunitarios indígenas, estudiantes universitarios, empleados y funcionarios de la sede diplomática, así como otras personas que se encontraban en el lugar, murieron quemadas; literalmente, fueron asesinadas a sangre fría.

Ambas conmemoraciones ilustran las luces y las sombras de las cuales está llena la historia nacional; claroscuros que caracterizan

también nuestro presente, el nacional y el universitario: se asiste a la recordación de esas dos fechas bajo el sacudimiento causado a la conciencia sancarlista por los deplorables hechos del 25 de enero pasado en el campus central y que, nuevamente, colocaron a la USAC bajo la mirada de la opinión pública nacional.

Como es de amplio conocimiento, el sábado 25 de enero en el edificio T1 de la ciudad universitaria se realizó una actividad de "iniciación" convocada por el así llamado Honorable Comité de Huelga de Dolores, de dudosa legitimidad. Como parte de esa actividad no autorizada, a las y los participantes se les indujo a

ingerir sustancias embriagantes, probablemente adulteradas y combinadas con otros compuestos psicoactivos, con el resultado – también conocido públicamente – de que al menos tres estudiantes de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales se intoxicaron gravemente, al punto que dos de ellas debieron ser trasladadas de emergencia a un centro hospitalario.

El grave riesgo que corrieron las vidas de las tres estudiantes – como el resto de participantes en la malhadada actividad de “iniciación” – y el temor de que también se haya producido otro tipo de abuso en contra de alguna de las víctimas, ponen a la orden del día asuntos fundamentales en la vida de la USAC: las normas de la convivencia entre las y los miembros de la comunidad universitaria, la seguridad dentro de los recintos universitarios y los valores auténticos de una tradición sancarlista como la Huelga de Dolores.

Es evidente que esos tres asuntos están estrechamente entrelazados dentro de una situación de deterioro que se viene arrastrando de un tiempo a esta parte en la USAC. Hechos como los que motivan esta reflexión no son aislados y

expresan una cultura de irrespeto a las normas de convivencia y de las disposiciones de los órganos de gobierno universitario; una cultura de abuso e impunidad practicada por grupos minoritarios enquistados mediante el dominio mafioso de actividades que, como es el caso de la orientación que imprimen a la Huelga de Dolores, desdichan de la esencia universitaria; se trata de prácticas que son la antípoda y la negación de los más altos valores humanistas que definen a la universidad desde su fundación, hace 344 años.

La existencia y la subsistencia de esos grupos dentro de la USAC confirman una realidad frente a la cual no se puede cerrar los ojos: la universidad no existe en una burbuja, no está fuera de la sociedad de la cual forma parte. La universidad tiene miles de vasos comunicantes con esa sociedad pues al seno universitario llegan tanto personas empeñadas en formarse académica y profesionalmente para el bien de sus comunidades, de sus familias y de sí mismas a través de vías legítimas, pero también llegan otras personas no solamente contaminadas por las taras de una sociedad enferma arbitraria e impune, sino que también se articulan con redes criminales e

intereses espurios de diversa naturaleza, que buscan sacar ventaja de la autonomía universitaria y aun de los canales de acceso que la universidad pública tiene en decenas de espacios de poder y decisión en el país.

Dicho de otra manera, la USAC reproduce en su propia escala la complejidad y la diversidad contradictoria de la sociedad guatemalteca, en la que ha desempeñado y está llamada a desempeñar roles trascendentales y, por consecuencia, se convierte en un escenario de los conflictos que mueven a la sociedad misma. Se trata de conflictos tanto políticos como ideológicos, pero también por cotos simbióticos de poder y recursos económicos que, para el caso de la Huelga de Dolores y los bautizos-bienvenidas desnaturalizados, han significado durante años el mantenimiento de un *modus vivendi* típicamente mafioso, que se alienta por y en beneficio de estructuras extrauniversitarias.

Por eso resulta tan saludable la enérgica reacción de decenas de estudiantes que, el 30 de enero, realizaron la performance #UnVioladorEnTuCamino como expresión del repudio de las mujeres universitarias no solamente a los hechos del 25 de enero sino a las frecuentes expresiones del machismo y la impunidad, propias de una sociedad patriarcal. Con manifestaciones pacíficas como esa performance u otras formas de protesta, se gesta un importante sacudimiento de la conciencia universitaria en contra de la normalización del acoso y del abuso, que puede y debe producir efectos saludables en una universidad que, con 344 años de historia a cuestas, debe tener capacidad de reinventarse, para ser mejor y digna heredera de esa tricentenaria historia.